

## PRESENTACIÓN

En el Instituto Fe y Libertad creemos en la libre y respetuosa discusión de las ideas. El objetivo de nuestra revista, que nace con este número, es precisamente contribuir a ese fin. Creemos que *Fe y Libertad* viene a llenar un vacío en las publicaciones académicas periódicas en lengua española. En efecto, es mucho el interés en España e Hispanoamérica por tener una mejor comprensión de las relaciones entre fe, religión y libertad, pero muy escasa la producción escrita sobre ellas. Es nuestro deseo que esta revista sea un espacio donde los intelectuales de nuestra región puedan exponer sus ideas sobre las relaciones entre mercado, Estado y religión; entre fe y ciencia; entre diversos ideales del florecimiento humano.

*Fe y Libertad* nace tres años después de la fundación de nuestro Instituto. Viene a sumarse a las más de setenta publicaciones producidas a lo largo de este lustro. Está dirigida a los académicos e intelectuales de lengua hispana de cualquier creencia religiosa, social, política y económica. Contendrá artículos inéditos, al menos en nuestro idioma, y cada número, generalmente, estará dedicado a un tema particular. El eje de este primer número es la pregunta por las relaciones entre el capitalismo y la religión, tanto a nivel individual como social.

Para Martin Rhonheimer, “ha llegado el momento de dejar atrás la idea de que existe un antagonismo entre capital y trabajo”. Sin capital, el trabajador no encuentra un cauce para desarrollar sus

capacidades y para servir a sus congéneres; y sin trabajadores, no se pueden crear y sostener las empresas que satisfacen la demanda de la población. En la línea de Adam Smith, Rhonheimer sostiene que “la actuación empresarial quiere hacer realidad visiones empresariales y tiene por finalidad ganar dinero con ellas. La rentabilidad es su ley; su objetivo irrenunciable, el beneficio”. Pero alcanzará ese beneficio, solo si satisface la demanda. “La búsqueda del beneficio genera así competitividad e innovación y cumple —mientras actúe en el marco legal del Estado de Derecho— una función social. El beneficio indica que la producción y los deseos de los consumidores coinciden (...) Por ello, la búsqueda del beneficio, cuando es racionalmente empresarial y no obedece a una irracional avidez, sirve al bien común (...)”.

Por su parte, Samuel Gregg avala con numerosos ejemplos y casos concretos, la tesis de la superioridad de la economía libre sobre la planificada, y aboga por que la doctrina social católica expanda su visión, pues, en su opinión, ninguna de las propuestas de aquella “compromete las demandas de la justicia”.

Gustavo Irrazábal muestra cómo y por qué, para algunos católicos, “el capitalismo *como tal* sería inconciliable con la fe y la moral”. Este autor se propone “someter a prueba la objeción moral, es decir, *aquella que no sólo juzga críticamente el capitalismo en tal o cual concreción histórica sino que lo juzga desfavorablemente o incluso lo condena como ‘sistema’, es decir, en sí mismo*”. Ciertamente, en muchos documentos pontificios se condena el capitalismo; incluso el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, si bien no puede decirse que sea anticapitalista, manifiesta en varios lugares su desconfianza de este sistema basado en el libre juego de la oferta y la demanda. Pero Irrazábal trae a colación varios textos de los pontífices —muchos de ellos silenciados por los comentaristas— en los que se reconocen las bondades de la economía libre; como este de Pío XI:

León XIII puso todo su empeño en ajustar este tipo de economía a las normas del recto orden, de lo que se deduce que tal economía no es condenable por sí misma. Y realmente *no es viciosa por naturaleza*, sino que viola el recto orden sólo cuando el capital abusa de los obreros y de la clase proletaria con la finalidad y de tal forma que los negocios e incluso toda la economía se plieguen a su exclusiva voluntad y provecho, sin tener en cuenta para nada ni la dignidad humana de los trabajadores, ni el carácter social de la economía,

ni aun siquiera la misma justicia social y bien común (QA 101, subrayado de Irrazábal).

Las opiniones del papa Francisco sobre el capitalismo también son expuestas por Irrazábal, aunque de manera sucinta, ya hacia el final de su artículo. Existe un marcado contraste, que el autor señala, entre la visión del papa Francisco y la de Juan Pablo II. Para Irrazábal, esto se debe a que Juan Pablo II “propone un ideal; Francisco critica la situación presente”. En todo caso, no cabe duda de que “el verdadero test de la moralidad de cualquier sistema económico es su capacidad para rescatar a los pobres de su condición” (Irrazábal).

Carroll Ríos de Rodríguez aborda un tema específico del magisterio del papa Francisco: el juicio moral sobre el dinero. Amparándose en los santos Padres (específicamente, en san Basilio) el papa argentino en varias ocasiones se ha referido al dinero como “el estiércol del diablo”, y no ahorra palabras para criticar “la idolatría del dinero”. Ríos de Rodríguez comenta que “el error espiritual, grave, consiste en centrar nuestros afectos en cualquier cosa material o en un ser humano. Ello constituye idolatría por cuanto colocamos al objeto de nuestros afectos en el lugar que corresponde a Dios”, y que “poseer dinero no nos convierte automáticamente en corruptos, desalmados o pecadores. La clave está en nuestra actitud, la rectitud de nuestra intención, y el orden de nuestros afectos. Pobres o ricos pueden ser desprendidos o avaros”. El dinero no es bueno o malo en sí; y hasta podríamos decir que es bueno: que es un buen medio para hacer el bien. Somos los hombres quienes pecamos, si nuestro primer o único criterio de elección de nuestras decisiones es el lucro monetario.

En el quinto artículo, Armando De la Torre aborda el problema del riesgo moral de una caridad mal entendida. La caridad, para ser auténtica, debe ser eficaz, debe lograr su cometido. No basta con las buenas intenciones (pues, nos recuerda De la Torre, “de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno”). Y es ahí donde el examen sincero de las alternativas económicas para lograr un mundo más próspero, más justo, y que verdaderamente saque a los pobres de la pobreza, se hace imperativo. El Estado de Bienestar, que centraliza y distribuye las cargas y beneficios, no es sostenible en el largo plazo. Y lo que es peor: pretende eliminar la necesidad de que las personas individuales ejerzan la caridad con el prójimo. Se resta valor a las iniciativas individuales o de pequeñas asociaciones que nacen de la proximidad con

las verdaderas necesidades del prójimo, y se espera que sean las instituciones gubernamentales las que se ocupen de cubrir tales necesidades. No importa que gran parte (a veces, la mayor parte) de los recursos financieros que consumen estas instituciones, provenientes de los impuestos, sea consumida por la burocracia y, muchas veces, por la corrupción.

Pero también quienes intentan hacer el bien, mediante donaciones o ayuda directa, afrontan un “riesgo moral”: el riesgo de no saber cuál será el destino final de los recursos que aporta. Es mucho más eficaz invertir en crear fuentes de trabajo, en influir para que el mercado sea verdaderamente libre, en luchar contra la corrupción política y administrativa.

El sexto artículo, por Cecilia G. de Vázquez Ger, tiene un objetivo similar al de Irrazábal: abordar la objeción moral al capitalismo. Pero mientras este autor se enfoca en la ética, el de Vázquez Ger lo hace en la antropología. Vázquez Ger sostiene una tesis rotunda: en el capitalismo, tal y como lo entiende la Escuela Austriaca de economía, subyace una visión del hombre esencialmente cristiana. O visto desde otro ángulo: el capitalismo es consecuencia necesaria de una concepción cristiana del hombre. Esto implica que entre capitalismo y cristianismo no hay oposición, en ningún punto. Es de suponer que Vázquez Ger no quiere decir que el capitalismo sea el único sistema económico que puede “emerger” de la antropología cristiana, ni que, de todos los sistemas económicos, el capitalismo sea el único aceptable para el cristianismo. Pero es cierto que Vázquez Ger piensa que este sistema económico es el más afín a las ideas cristianas.

Para Gabriel Zanotti, el trabajo productivo —que se encuentra en el núcleo de la mentalidad y el sistema capitalista—, puede convertirse en materia de santificación para los cristianos. Si bien es cierto que en la mentalidad católica anterior al concilio Vaticano II no existía un tratamiento positivo de la vida y la misión del laico (con una notable excepción en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá), Zanotti insiste en que esto fue accidental, y que la doctrina de la santificación de la vida ordinaria es esencialmente judeocristiana, y no privativa del protestantismo o de la cultura anglosajona.

También Karen Cancinos piensa que “fue el cristianismo el que ‘revolucionó’ la idea pagana de que el trabajo era cosa de esclavos”. Y con relación al trabajo de la mujer —que es el tema específico de su artículo— Cancinos piensa que, para el feminismo de nuestros días, “el trabajo femenino solo dignifica a la mujer, uno,

si se puede cuantificar en dinero. Y dos, si esa cuantificación es igualitaria en relación a la cuantificación del trabajo masculino”. En su trabajo, nuestra autora muestra “cómo esa exigencia, en nombre de la igualdad y del ‘empoderamiento’ de la mujer (nuevo término para ‘dignificación’), en realidad se sitúa en las antípodas de la concepción cristiana del trabajo profesional, y por ello resulta, en última instancia, tanto antisocial como liberticida”.

Por último, Miguel Foronda escribe sobre el cristianismo como “fuerza” para el desarrollo integral del hombre. Esa “fuerza”, que es la verdad sobre el hombre, lo hace verdaderamente libre; lo libra del poder de las pasiones y lo lleva a entregarse al servicio al prójimo.

Esperamos que este primer número de nuestra revista contribuya a fomentar la reflexión y el intercambio de ideas sobre las relaciones entre economía y fe religiosa, sobre el valor del trabajo humano para el desarrollo social y económico y para la santificación personal; sobre lo que es y lo que no es florecimiento humano. Agradecemos a los autores su valiosa contribución y a todas aquellas personas que han contribuido para que este esfuerzo del Instituto Fe y Libertad sea una realidad.

*Moris Polanco*